

Sociológica, año 16, número 45-46, pp. 327-360
Enero-agosto de 2001

El presidencialismo: una visión desde la infancia

*Anna M. Fernandez Poncela**

RESUMEN

Este artículo se propone pasar revista a ciertas actitudes políticas de la infancia y adolescencia en el México de hoy. Se centra concretamente en las opiniones, valoraciones y percepciones de niños y jóvenes en torno al presidente de la República y sus funciones; se indagó si les agradaría ejercer dicho cargo, y quién consideraban que lo haría mejor, una mujer o un hombre. Para dicho propósito se analizaron algunas preguntas que forman parte de un cuestionario sobre infancia, adolescencia y política aplicado en niñas, niños y adolescentes de ambos sexos que cursan primaria, secundaria y bachillerato en escuelas públicas y privadas del sur de la ciudad de México. Los resultados muestran la reproducción del tradicional discurso en torno a la política, toda vez que reflejan aspectos reales de la misma, pero al mismo tiempo señalan transformaciones en algunas percepciones de la cultura política en las jóvenes generaciones sobre las cuáles es preciso reflexionar.



* Profesora investigadora del Departamento de Política y Cultura de la UAM/Xochimilco, fpam1721@cueyatl.uam.mx

Los aspectos más evidentes de la comprensión de lo político son los referentes al conocimiento del funcionamiento del sistema político y de las instituciones, así como de los individuos que lo encarnan. Lo primero que se le ocurre estudiar al que aborda el campo es cómo entiende el niño la democracia, el sistema representativo, los partidos políticos, la Constitución, el parlamento, así como las figuras políticas: el presidente, los ministros, los diputados, etc. Y esto es, efectivamente, lo que más se ha estudiado
Delval, 1989: 290.

PARTIENDO de la pregunta de cuál es la visión de la infancia sobre la figura presidencial vamos a realizar un recorrido breve en torno a los estudios y la bibliografía sobre el tema y luego con más profundidad, a través de una investigación de campo realizada en fecha reciente, con objeto de ampliar la información y, por supuesto, reflexionar con los datos en la mano.

El objetivo es revisar las opiniones y percepciones de niños, niñas y adolescentes de ambos sexos en torno a la figura presidencial: su valoración, sus funciones, si les agradaría ejercer dicho cargo, y quién consideran que se desempeñaría mejor en ese papel (un hombre o una mujer). Algunos resultados reproducen hasta cierto punto el imaginario social hegemónico sobre el tema; sin embargo, otros sorprenden e invitan a la reflexión. El método empleado ha sido el análisis de tres preguntas dobles de un cuestionario aplicado a 239 infantes,

adolescentes y jóvenes de 10 a 21 años, de primaria, secundaria y bachillerato, en escuelas públicas y privadas del sur de la ciudad de México, entre septiembre de 1999 y febrero del 2000.¹

INFANCIA Y POLÍTICA: ALGUNOS ENFOQUES

Hasta la fecha, el problema central ha sido cómo el infante se convierte en ciudadano y aprende a participar en política. En los países occidentales del hemisferio norte es en donde hay información y estudios disponibles sobre el tema.

En Estados Unidos, por ejemplo, a partir de los años cincuenta del siglo XX comienza el interés y estudio al respecto, inicialmente bajo la perspectiva de la *socialización política*, en tanto que procesos de desarrollo en los cuales la persona adquiere orientaciones políticas y pautas de conducta según algunos autores, o los procesos por los que se enseñan valores, actitudes y conductas a un nuevo miembro del grupo, según otros. El trabajo de campo eran extensas muestras obtenidas a través de cuestionarios escritos y estudios descriptivos. Más adelante y bajo la influencia de la psicología de Piaget y de la orientación cognitiva se realizaron investigaciones en torno a *la construcción del conocimiento político*; todo ello con una metodología cualitativa, entrevistas abiertas, clínicas y con pocos sujetos, analizando la forma en que se construyen nociones sobre el ámbito político. También con el enfoque de Adelson, en los sesenta, se llevó a cabo investigación en este sentido, pero desde *la filosofía política* (Delval, 1989).

En estas páginas consideramos válidos tanto los enfoques de la socialización política como los de la construcción de nociones políticas, pues aunque la primera pone énfasis en los aspectos e influencias externas y la segunda lo hace en los internos, ambos interrelacionan medio social y sujeto cognoscente. Y, a estas alturas, la cultura ha dejado de ser el medio para constituirse como parte intrínseca del actor social. Esto es, el niño o la niña aprenden interpsicológicamente e intrapsicológicamente, en el plano social e individual (Vygotsky, 1981). Quizás, eso sí, compartimos algo más la segunda postura que defiende que:

Respecto a la comprensión del orden político, temas centrales son el papel de los partidos políticos, el funcionamiento del sistema democrático y de otros sistemas

¹ Para información detallada sobre el tema, consúltese la nota metodológica final.

políticos, de las instituciones, la representación parlamentaria, el cambio político y sus mecanismos, etc. Un aspecto más profundo del problema es el de la comprensión de las nociones de autoridad y poder y su extensión desde el punto de vista social. Un aspecto concreto de gran importancia es la comprensión de las leyes, su origen, su función, su evolución, el papel del derecho en la sociedad y las relaciones entre derecho y moral (Delval, 1989: 261).

LOS ESTUDIOS EXISTENTES EN MÉXICO

En nuestro país, al contrario de lo acaecido en otras latitudes, es poco lo trabajado sobre el tema. Se ha de citar, no obstante, un trabajo pionero y fundamental, el de Rafael Segovia.

Este autor (1975) señala que el Estado mexicano es regulador decisivo del proceso educativo y “socializador”, en la formación de la cultura política de los nuevos ciudadanos. Una socialización con fines de mantenimiento del sistema político y que se yergue sobre los pilares básicos del nacionalismo y el autoritarismo. La familia, la escuela, los grupos de iguales y los medios de comunicación de masa son los agentes socializadores fundamentales que, junto con los partidos políticos y las organizaciones formales parapolíticas, se encargan del proceso cultural que orienta la inserción del individuo en su sociedad.

El trabajo se basa en una encuesta a 3,584 personas entre 10 y 15 años —de 5º de primaria a 3º de secundaria, en centros públicos y privados, rurales y urbanos— con 69 preguntas aplicadas en el Distrito Federal y varios estados de la República, sobre actitudes políticas de los escolares mexicanos. Entre otras aportaciones destacamos: “El rasgo clave del proceso socializador en México —o de los procesos, más propiamente dicho— es la desconfianza, que conduce a la no participación y a la necesidad de una dependencia personal y directa: ambas son el resultado de un medio ambiente autoritario” (Segovia, 1975: 124); lo mismo podríamos decir de los jóvenes y seguramente también de la sociedad en su conjunto (Fernández Poncela, 2001a). Cabe destacar cómo la desconfianza hacia los partidos políticos y el sistema electoral es también importante: “La idea de R. Scott queda confirmada: el autoritarismo es dominante entre las actitudes infantiles. El sistema político, montado sobre el presidente, su voluntad y su autoridad, lo refuerza, al ser este sistema autoritario en la distribución y ejercicio del poder” (Segovia, 1975: 126).

La conclusión es que:

...en México, régimen autoritario, el Estado pretende tener un papel regulador decisivo en el proceso educativo y, más allá de la educación, en el proceso socializador, en la formación de la cultura política de los futuros ciudadanos...

El nacionalismo de los niños es el pedestal legitimador más fuerte sobre el que se asienta el Estado en México. El cemento que une a estos bloques es el autoritarismo. Ni el tecnócrata, ni el futuro hombre-masa, ni los elitistas, ni quienes esperan todo del Estado niegan de plano el autoritarismo (Segovia, 1975: 142 y 152).

PERCEPCIONES INFANTILES EN TORNO AL PRESIDENTE

En un principio, y según la sociología política, se considera que hay una idealización positiva de la figura del presidente, en un periodo infantil donde la esfera política son personas y no funciones o instituciones (Greenstein, 1977; Manzi y Rosas, 1997), todo ello dentro de la visión piramidal y autoritaria del poder político que comparten niños y niñas de diversos países, pero que en el caso mexicano coincide con la realidad, por lo que se considera que su visión es coherente (Segovia, 1975).

Más adelante, y especialmente en los años de adolescencia, dicha imagen se menoscaba, apareciendo incluso el cinismo (Greenstein, 1977). Y es en esta etapa cuando las contradicciones abundan y tiene lugar la comprensión de la complejidad de la política con realismo: el presidente es un actor más con varias funciones a desempeñar. Se detecta también una posición negativa y crítica ante los políticos y se desarrolla el desinterés hacia dicha esfera (Delval, 1989).

Los estudios de Segovia (1975) señalan en este sentido que la función principal del presidente es “conservar el orden”, es ésta, por definición, la ocupación del presidente, muy por encima de “legislar” o de “representar la voluntad popular”, que fueron las otras respuestas propuestas por la encuesta en la cual se basa su investigación. En este punto, las niñas presentaron tendencias más autoritarias que los niños. El aumento de la edad y la escolaridad en el centro privado favorecen una visión más democratizadora y de representatividad de la figura presidencial, pero, según este autor, quinto y sexto de primaria mostraron los niveles más elevados de autoritarismo y, al llegar a tercero de

secundaria las opiniones ya están divididas entre los elementos autoritarios y los democráticos —esto en concordancia con los estudios internacionales sobre el tema (Delval, 1989)—. Son también los grupos de mayor edad los que presentan actitudes de resistencia —desobediencia— o efectividad —posibilidad de modificación— ante las leyes. En general hay una “muy baja confianza de los niños en su efectividad dentro del sistema, cosa natural dada su incapacidad ciudadana, que es reflejo de la poca confianza en la capacidad de intervención del pueblo en general en los asuntos políticos” (Segovia, 1975: 52).

Este mismo trabajo define la valoración del presidente, y aquí “las manifestaciones afectivas positivas dominan en todos los casos menos uno sobre las negativas” (Segovia, 1975: 55), siendo éste el Distrito Federal, con 37% de respuestas negativas. En esta entidad domina la postura “no me gusta nada del presidente”. El rechazo al presidente tiene lugar más en ciudades que en áreas rurales. Las actitudes más sumisas se muestran en los grupos de menor *status* social. Las positivas, que son las que predominan, van en el sentido de que el presidente “manda” y los “mexicanos le obedecen”, además de ciertos rasgos morales, tales como “carácter benevolente —protección, generosidad, sacrificio por el bienestar de los demás, honestidad—”, además de las “obras materiales” y las “funciones simbólicas y ceremoniales” —política exterior, viajes internacionales, giras por el interior de la República, discursos y construcciones materiales (Segovia, 1975: 56).

Sin embargo, y a pesar de la “gran aceptación del sistema político en que viven, se encuentra de todos modos un grupo no despreciable capaz de elegir la resistencia y el rechazo, quizás más de un hombre que del conjunto del sistema” (Segovia, 1975: 60). Esto último hay que remarcarlo ante la efectividad de la socialización política infantil dentro del sistema político mexicano a finales de los años sesenta, cuando se desarrolló el estudio.

Hoy podríamos decir que el panorama ha cambiado o está cambiando,² como consecuencia entre otras cosas de los acontecimientos políticos de los últimos años, en los cuales se han socializado las niñas

² Por supuesto, no se está en la disposición de comparar el presente trabajo con el de Segovia. Aquél contaba con una muestra representativa del país, y el que aquí se presenta esboza sólo algunas pinceladas sobre el tema, que además están recortadas alrededor de la infancia y adolescencia escolarizada de una zona del sur de la ciudad de México.

y niños y adolescentes, y en interacción con los cuales han construido su conocimiento y las nociones políticas, como generación coetánea o cohortes de edad que son.

En estas páginas vamos a analizar cuáles son, para los encuestados, las funciones que realiza un presidente, y también si les gustaría serlo y por qué; finalmente, se revisará si preferirían a un hombre o a una mujer para el puesto y las razones de dicha elección, todo ello a través de las respuestas del cuestionario mencionado.

VALORACIÓN Y FUNCIONES DEL PRESIDENTE³

Es preciso señalar que la primera pregunta en realidad eran dos —¿Qué es ser presidente?, ¿qué funciones realiza un presidente?—, y muchas de las personas consultadas contestaron en forma de enumeración.⁴

En primer lugar, en los infantes más pequeños se percibe claramente la figura del padre que ayuda a sus hijos, así como el presidente “ayuda a” los pobres, los mexicanos, la gente; “mejora el país en lo económico y en lo social”, “él cuida todo”. De alguna manera es una figura simbólica omnipotente y omnipresente en todo momento y lugar. La identificación presidente-padre ya ha sido señalada en estudios para otras latitudes (Kohlberg, 1989; Delval, 1989; Manzi y Rosas, 1997).

Hay dos cuestiones claras, que se repiten una y otra vez: “gobernar y ayudar a la gente”. El presidente “manda” y “ayuda”, entretejiendo autoritarismo y paternalismo pero, y también, con una mirada entre paternalista y autoritaria al viejo estilo de la política, como se ha visto en otros trabajos (Segovia, 1975). En varias ocasiones hablan de “manejar al país” o de “dirigir al país”, ya no tanto en el sentido afectivo de cuidar, sino en el de gobernar.

Por otra parte, lo social (Marshall y Bottomore, 1991) predomina: “que la gente tenga trabajo y no se esté muriendo de hambre”, “mejorar

³ A partir de este punto se trabaja con los materiales del cuestionario aplicado, que a su vez son revisados y comparados a la luz de teorías, enfoques y estudios empíricos de autores especialistas sobre el tema, en México y en otros países.

⁴ Esto se hizo así para hacer inteligible el interrogante a los más pequeños, y sobre todo para que no se perdieran en generalizaciones que no arrojaran luz sobre el tema, pero también indujo a centrarse únicamente en una descripción de funciones, que fue la salida más fácil para todos los grupos de edad.

la economía”, además de los servicios sociales sobre los cuales insisten, siendo ésta para ellos una realidad más palpable que otras cuestiones internas de la esfera política.

Como en el estudio de Segovia (1975), una de sus ocupaciones tiene que ver con las cuestiones materiales de infraestructura: “reconstruir viviendas por lo del huracán”, “por ejemplo, si está quebrada una autopista, carretera, etcétera, entonces el presidente de México lo manda componer”, “construye casas, arregla avenidas”, “que el país esté en buenas condiciones y más en la época en que hace mucho frío”, añade uno de los más pequeños. Incluso se llega a relacionar con el nacionalismo y se dice que “es el que da el grito de Independencia”.

También “disminuir la delincuencia” es otra de las funciones atribuidas. Curioso es cómo los niños y niñas, que en la realidad no suelen ser objeto de delitos, insisten en dicho tema, ya detectado en otras encuestas (GEO, 2000). Seguramente la influencia de los medios de comunicación o los relatos de experiencias en ese sentido de la familia y vecinos, tiene mucho que ver: “hace cumplir las leyes y encarcela a los delincuentes”. “Que haya menos delincuencia, violencia y maltrato hacia los menores de edad”, es una afirmación que sí se refiere a una problemática concreta y real de la infancia: el maltrato, que últimamente ha quedado reflejado en varios espacios, como la Consulta Infantil y Juvenil del 2000 (Fernández Poncela, 2000).

La política exterior está presente en las alusiones sobre “tratar asuntos de los demás países y a la vez hacer que funcione nuestro país”, “unir las naciones”, “representarnos en otros países”. Y en este punto saltan a la vista los viajes; al parecer consideran que viaja mucho, al extranjero y en giras nacionales. A veces esto es juzgado como normal, pero en otras ocasiones contiene un tono de crítica, y algunas más es incluso algo envidiable. Dice un muchacho de quinto grado de la primaria privada: “Ser presidente es algo muy emocionante, las funciones que realiza, viajar y hacer amistades con otros países”, “realizar muchos viajes”, “va a diferentes estados y ve cómo están viviendo”. Toda esta parte de los viajes seguramente se encuentra influida por la televisión: “Una persona que visita países pobres, en mal estado y haciendo promesas y promesas”, aunque no es ajena a las usuales giras como parte del rito presidencial mexicano.

Hay algunos casos en que se tienen ya claras ciertas relaciones entre los poderes y la diversidad de actores políticos: “sería obedecer

a los legisladores” o “no pone las leyes, que las ponen los senadores y diputados”, cuestión que se aleja de los resultados de la investigación de Segovia (1975). Sin duda, porque los tiempos en la política han cambiado mucho la socialización infantil, la construcción del conocimiento político por parte de niños y niñas, así como la educación. Incluso en una ocasión se explicita: “Tiene que hacer caso a las peticiones de la gente”, confiriéndole un papel más de servidor público que de dirigente autoritario; ya no es a quien todo se pide, sino a quien puede exigírsele. El concepto “responsable” surge con insistencia, así como que “se preocupe por el país” y que “resuelva los problemas”.

A veces también se le adjudica el “hacer y aprobar las leyes”, así como “hacer cumplir las leyes” o “perseguir delincuentes”. En este sentido, hay una mezcla de funciones del Poder Judicial atribuidas a él, cuestión relacionada con la edad, pues no se distinguen responsabilidades y diferencias de forma nítida entre las diversas instituciones y actores políticos como han señalado algunos autores (Kohlberg, 1989; Manzi y Rosas, 1997).

Se detectan algunas opiniones directamente negativas: “sólo es estar haciéndose menso, sólo robar”, “se roba el dinero del país y se va de viaje”, “un ratero, robar y robar”, “muchas cosas pero nada bueno”, “a veces se aprovecha de nosotros y se supone que la función de un presidente es ayudar al país”. Hay que hacer notar que la mayoría de las críticas negativas provenían de niños de la escuela privada, mientras eran las niñas del centro público las más benignas con la figura presidencial o las que más insistían en una explicación ideal en torno a ella.

En los y las estudiantes de secundaria se perciben más juicios de valoración negativos y más duros, así como mayor claridad en la existencia de intereses contrapuestos, e incluso personales sobre el bien común. La política se toma un mundo aparte y complejo. Las valoraciones y opiniones se envuelven en un halo de desinterés, escepticismo y negatividad creciente en comparación con las expresiones de niños y niñas de primaria anteriormente expuestas, todo ello en concordancia con los enfoques existentes sobre el tema (Kohlberg, 1989; Manzi y Rosas, 1997).

Se sigue con la misma fórmula de “gobernar y ayudar” —esto último a los pobres, al pueblo o a la gente— que varios adolescentes repiten como hicieran los de primaria. También resurge el “mantener el orden”, la “responsabilidad” y el “representar a nuestro país”,

pero con menor insistencia que en el anterior grupo de edad y escolaridad. Aquí predomina la visión de “quedarse con todo lo de los ciudadanos”, nótese lo negativo en cuanto al robo y la utilización ya en este nivel de edad del concepto “ciudadano”. Aunque hay sus excepciones, como el muchacho de la secundaria privada que exclama: “debe ser algo extraordinario por representar a tu país en diferentes partes del mundo... sus funciones son algo extenuantes”. Eso sí, no hay la imagen de los infantes en el sentido de que el presidente “viaja y viaja”. Otro testimonio benigno reconoce que “es un trabajo difícil manejar a toda esa gente, las funciones que realiza son un poco cansadas, porque tiene que ir a todos los lugares dañados”. Si bien tampoco se da aquí el énfasis en ayudar en cuestiones de infraestructura y servicios o en época de desastres y catástrofes naturales. Esto es: pasa de ser el papá que construye autopistas al político que roba el erario, podríamos resumir en una metáfora sucinta e ilustrativa.

Él “se sienta y decide todo lo que se hace y roba todo lo que puede al pueblo”, “perder el tiempo, robar dinero”, “es hundir más al país y dejarlo en la ruina”, “roba y realiza (dizque) la economía del país”, “ganar dinero sin hacer nada”, “hacerse estúpido, no hacer nada, sólo lo que le conviene” son las expresiones más usuales en los testimonios recabados. En general, los presidentes no hacen nada, pierden el tiempo, pero cuando hacen algo roban en beneficio propio. Esta es la función más atribuida a la figura presidencial en abstracto, que en esta ocasión coincide con el recuerdo negativo de determinados ex presidentes—Carlos Salinas de Gortari, por ejemplo—,⁵ y contrasta mucho con los niños y niñas de primaria y su visión más benévola del asunto. La frase de un muchacho de segundo de secundaria es un resumen clave de lo que numerosos testimonios señalan de forma dispersa y fragmentada: “robar dinero, mentir, engañar, defraudar al país, etcétera” y “darse la buena vida y robarse todo el dinero de México”. Pero la alusión monetaria no sólo es sobre robar, sino también con relación al dinero que gana en su puesto, juzgado a primera vista de inmerecido: “que le pagan mucho dinero”, “se supone que el

⁵ En otra parte de las encuestas se indaga en torno a las percepciones de niños, niñas y jóvenes de ambos sexos hacia la política, su valoración y función, además se analizan varios recuerdos infantiles, imágenes, acontecimientos o hechos que en torno a la política guardan en su memoria. Cabe destacar que el presidente, o varios ex presidentes, son asociados a acciones negativas en el primer recuerdo que guardan sobre política. Sobresale la imagen negativa de Salinas de Gortari.

estar pendiente del país y nada más por hablar le pagan”. Incluso se llega a hablar de “robarse el dinero y manejar el narco”. Y una vez se le calificó de “un títere del sistema”.

Si bien en ocasiones se mezclan funciones, como cuando se afirma “hacer justicia”, “regir al país, dar libertad, justicia y derechos a los ciudadanos”, en otras se especifica “obedece a diputados y senadores, es un ratero como todos sus amigos (pinches rateros)”. Se pasa de la figura única a la compartimentación de poderes, la complejidad de instituciones y la división de funciones, a veces de forma confusa todavía por razones de edad como apuntan especialistas en el tema (Kohlberg, 1989; Manzi y Rosas, 1997).

En una respuesta se mezcla la percepción general con otros intereses personales de quien opina: “quitar el dinero y poner más días de escuela”; otro testimonio va también ligado seguramente a los pensamientos o deseos de la adolescente que lo formula: “irse a dormir donde quiere y cuando quiere”. No faltó quien quiso hacerse el gracioso: “no lo sé, nunca he sido presidente”.

Para las y los jóvenes de bachillerato continúa la percepción, valoración y opinión negativa, quizás incluso algo más elevada que en sus compañeros y compañeras de secundaria, mayor en la institución pública que en la privada, y más entre las muchachas que entre los jóvenes. Esto tiene que ver con una tendencia a la agudeza de crítica negativa por parte de las mujeres jóvenes; esto es, las jóvenes suelen ser menos críticas hacia la esfera política, pero cuando lo son se muestran más duras y radicales (Fernandez Poncela, 2001a).

El presidente sigue siendo la “máxima autoridad” que “gobierna al país”, “toma decisiones” y “ayuda a la gente”, expresiones textuales de varios jóvenes consultados, todo en abstracto y según el modelo ideal: “un buen presidente haría de un país como México algo mejor”. “Mejorar al país”, “administrar el capital o la economía”, “dirigir un país hacia delante”—en el sentido siempre de mejorar— se repite con insistencia, con lo cual se parte de que el país está mal o que cuando menos es mejorable, y es deber del presidente hacerlo o colaborar en ello; siempre según la concepción del “deber ser”. Se le considera en ocasiones “responsable” del país en lo interno y en lo externo, como en otros grupos de edad, pero aquí se delimitan más los poderes y los intereses: “es una persona que representa al poder del Estado y no al pueblo, sólo es una imagen física de un poder, él no hace nada, todo lo hacen sus secretarios”.

Sin embargo, la imagen del presidente como ladrón aparece una y otra vez, incluso con la versión completa de “al salir del sexenio sólo espera la oportunidad para salir del país con el dinero de la gente”, en alusión seguramente a Salinas de Gortari. También, y como los escolares de secundaria, “nada más habla y habla, pero nada de hechos”, “manejarnos como quieren y robar”, “creo que su función es robar al pueblo”, pero con más dureza e insistencia que los anteriores, como dijimos.

Algo importante en este nivel de escolaridad es que algunas respuestas conjugan lo que es o lo que perciben como real —siempre negativo— con lo que debería ser y lo que consideran idealmente —positivo—. Hay una comprensión y diferenciación clara de lo ideal y lo real. En este sentido, cuando se vierten valoraciones negativas, antes o después, éstas se acompañan de lo que tendría que ser, con lo cual su visión negativa se relativiza en el sentido de que hablan de algo concreto pero que puede ser superado de alguna manera. Por ejemplo: “toma decisiones para mejorar (se supone), pero lo único que hace es robar”. De hecho el “se supone” es una muletilla verbal muy utilizada por las y los jóvenes: “se supone que resolver los problemas que enfrenta el país”, “se supone que es el que representa a un país para ser mejor, pero yo pienso que al contrario, sólo roban”, “se supone que resolver y apoyar los problemas de un país”, “se supone que es alguien que dirige al país, sin embargo, hoy en día un presidente es un ratero que defrauda a la nación”, señala con convicción un muchacho de la escuela pública. “Supuestamente es ayudar al país”, se dice desde la desconfianza y fantasía que esta expresión conlleva, y se concluye: “pero todos sabemos que es casi todo lo contrario de la realidad”. A veces, el verbo “suponer” se troca en el “deber ser”: “debe ser justo y honesto, dirigir al país hacia el progreso”, “debe ser una persona confiable en la que el país pueda tener un respaldo”. Suponer es pensar en algo que debería ser, y a la inversa. Pero siempre cae cual losa el: “robar y engañar al pueblo”.

Y como hiciera uno de los encuestados de secundaria, aquí también un muchacho del bachillerato privado trae a colación el narco: “ser presidente de México significa meterse en el narco, robar dinero y hacerles creer a la gente que ellos son los mejores”. Y es que de la figura protectora del padre se ha vuelto la sanguijuela del pueblo, podríamos afirmar metafóricamente. En una ocasión se le comparó incluso con el “chupacabras”. Otra vez se conjugó lo que era ser

presidente con sus funciones de manera muy seria y coherente: “es satisfacer sus necesidades, sus funciones son la corrupción y el robo”.

Así como alguien en secundaria habló de “títere”, aquí hubo quien lo calificó de ser “un cuerpo (un robot), que sólo sirve para dar la cara a los demás por otros corruptos tras de él”, figuras o personajes que tienen que ver también con la edad de quien se expresa. Las “visitas de Estado” o “firma de tratados” o hacer “relaciones con otros países” o “representa a nuestro país en el resto del mundo”, son poco mencionadas; no se trata de una función importante como lo era para niños y niñas de primaria. Lo que sí aparece por primera vez es la elegibilidad del presidente: “un representante que es elegido por la mayoría de votos del pueblo, su función es mejorar la economía, la paz y la delincuencia del país”, pero se reitera su íntima relación con la criminalidad.

CUADRO 1A
¿TE GUSTARÍA SER PRESIDENTE?
POR SEXO

	Total	hombres %	mujeres %
Dijeron no	149	51.6	47.6
Dijeron sí	69	53.6	47.8
Dijeron sí y no	10	-	100.0
No contestaron	9	55.5	44.5
Nosabe	2	-	100.0

CUADRO 1B
¿TE GUSTARÍA SER PRESIDENTE?
POR CENTRO

	Total	C. público %	C. privado %
Dijeron no	149	52.34	47.65
Dijeron sí	69	47.82	52.17
Dijeron sí y no	10	60.00	40.00
No contestaron	9	55.55	44.44
Nosabe	2	-	100.00

CUADRO 1c
¿TE GUSTARÍA SER PRESIDENTE?
POR ESCOLARIDAD Y EDAD

	Total	Primaria 10-11 años* %	Secundaria 12-14 años %	Bachillerato 16-18 años %
Dijeron no	149	23.48	30.87	45.63
Dijeron sí	69	49.27	28.98	21.73
Dijeron sí y no	10	30.00	40.00	30.00
No contestaron	9	-	66.66	33.33
Nosabe	2	-	50.00	50.00

* La edad en esta ocasión ha sido la moda, esto es, la más repetida en el grupo a nivel de instrucción en concreto. Para más información sobre esto consúltense nota metodológica.
Fuente: Elaboración propia con base en el cuestionario, México, 2000.

PERCEPCIONES DEL CARGO Y SU ARGUMENTO

En cuanto a la pregunta que involucra verse a ellas y ellos mismos como presidentes y con qué objeto —¿te gustaría ser presidente?, ¿por qué?—, vamos a realizar, en primer lugar, un breve repaso numérico.

A primera vista, según el cuadro 1, gana el no por más del doble de niños y adolescentes que afirman no resultarles atractiva la idea de ser presidente, 62.3% ante 28.8% que sí les gustaría serlo. Entre las personas indecisas entre el sí y el no o las que no dan opinión, dominan las mujeres; sin embargo, el número total de estas opciones es reducido. No se perciben grandes diferencias por sexo. En todo caso se puede añadir que del total de los que dijeron no, hay más mujeres (51.6%) que hombres (47.6%), pero lo mismo puede afirmarse entre aquellos infantes y adolescentes que les gustaría ser presidente, 53.6% de mujeres frente 47.8% de hombres. Ya entre las propias mujeres 67.5% se pronunció en contra y 32.4% a favor. Y entre los hombres, 68.2% y 31.7%, respectivamente.

Sobre la comparación entre los pertenecientes a un centro público y a uno privado, tampoco se distinguen discrepancias importantes;

en todo caso la escuela pública parece decantarse algo más por el no (52.3%) y la privada hacia el sí (52.1%), según lo cual, los infantes y jóvenes de educación privada manifiestan tener alguna disposición mayor pero, en todo caso, a la mayoría no le satisface o no aspira a la silla presidencial.

En donde sí podrían señalarse diferencias que merecen una reflexión es en la comparación por grados educativos o por edad, considerando que ambas variables corren paralelas. Esto es, a mayor nivel de instrucción y más años más se dice que no se quiere ser presidente —45.6% de bachillerato frente a 23.4% de primaria, por ejemplo— y a la inversa —49.2% de primaria dicen que sí ante 21.7% de bachillerato—. Pero además con cifras bien distintas. Por ejemplo, entre los alumnos y alumnas de primaria hay un empate en números absolutos entre los que quieren y los que señalan que no quieren; en la secundaria hay más del doble de los que dicen no sobre los que dicen sí, y en el bachillerato se cuadriplica la diferencia entre unos y otros a favor de la negativa a aspirar al cargo presidencial. En conclusión, a mayor edad y educación menos se desea ser presidente de forma ostensible, y al contrario más parece afirmarse querer serlo. A simple vista se puede especular que los grupos de menores que idealizan hasta cierto punto y en abstracto la figura presidencial, como vimos en la pregunta anterior, se muestran más proclives a representarla, mientras que los mayores, con una visión más negativa del cargo concreto, la rechazan mayoritariamente de manera contundente.

Un segundo paso sería ver los por qué de estas afirmaciones o negaciones. Y aquí se extrae una información más rica, pues la misma opción tiene múltiples explicaciones cualitativas.

En términos generales en el sí dominan los que dicen “porque me gusta ayudar a la gente pobre y arreglar sus viviendas”, “para ayudar a los mexicanos para hacer un México feliz y que ya no haya delincuencia”, “me enteraría de todo, sería muy bonito resolver los problemas de millones de mexicanos”. En éstos predomina una actitud de servicio, nacionalista y en plan paternalista. Pero algunos además tienen una visión de transformación: “porque me gustaría cambiar muchas cosas”, “cambiaría muchas cosas que están mal”, “pues la neta del planeta sí porque finalmente debe haber un cambio en nuestra política” o “para que agarren a todos los rateros de México”, “para acabar con la corrupción en nuestro país, sacarlo de esta crisis y conseguir el bienestar para todos y ser justos”. Y también “disminuir

el auto y usar la bici y disminuir el *smog*". Así las cosas, el discurso del cambio es aquí importante para asumir el cargo presidencial.⁶

La ecología, la pobreza, la crisis y la corrupción son los problemas que resolverían de llegar a ser presidentes, dentro de cierta imagen omnipotente de la figura, como ya se ha comentado en su momento. Especialmente tienen dicha percepción los de primaria, donde se observa la contraposición entre lo que consideran sería bueno e ideal y lo que existe en la realidad, que es lo malo: "sí, me gustaría ser comprensiva y no me gustaría robar, sino sacar adelante a mi país", con un sentido algo maternal proveniente en esta ocasión de una niña de la primaria pública.

La cuestión social (Marshall y Bottomore, 1991), como en otras preguntas, queda remarcada como parte fundamental de la política, como la cuestión nacional (Segovia, 1975); ésta quizá con menor importancia pero igualmente presente: "para hacer que México sea un país muy importante y el peso suba de precio... Haría que hubiera trabajo, más escuelas, más hospitales...". Y mientras los de primaria se conforman con ayudar para mejorar, los de secundaria especifican las necesidades y su cobertura y a las cosas que cambiarían añaden un par de veces que "no habrían más impuestos". Así, el acabar con la contaminación y la delincuencia, y con la inflación y la devaluación, y el ayudar a los pobres son las cuestiones más reiteradas como acciones que les gustaría llevar a cabo a aquellos que declararon querer ser presidentes en este sector etario y escolarizado.

También hay un grupito que expresa sus intereses personales en la materia. Esto en las edades más elevadas de la muestra donde dicha especificidad ya es comprendida (Kohlberg, 1989; Manzi y Rosas, 1997): "sí, para robarles el dinero a los demás" dice una mujer de primero de secundaria pública y un muchacho de la privada añade "sí, porque se clavan un buen varo". Si bien algún pequeño también pensaba en sus intereses, pero menos monetarios y más en torno a la distracción y la fiesta: "podría ir a todos los países y estados en avión y podría dar el grito de Independencia", recuérdese que las giras y viajes se reiteraron como una de las funciones presidenciales entre los de primaria en su momento, y lo de la celebración del 15 de septiembre también fue mencionado. A veces los intereses incluso pueden

⁶ Nótese que la aplicación de los cuestionarios se hizo con anterioridad a que iniciara la campaña electoral del 2000.

ser complementarios y no contrapuestos, entre los personales del presidente y los de la ciudadanía en su conjunto: “tendría dinero y trabajaría por el país y los ciudadanos y acabaría con el problema de la droga”. Las expresiones de reforma política en torno a la moral no faltan: “educar a todos los diputados de que es malo robar”. O claramente una especie de Robin Hood más revolucionario: “para vengarme de todos los políticos o algo así”, “me gustaría ser presidente para hacer realidad todas las mentiras que nos hacen creer todos los candidatos, tenemos el caso de [Salinas de] Gortari ¿Qué hizo? Lo único que hizo fue robar una exagerada cantidad de dinero y salir del país”.

Por otra parte, entre aquéllas y aquéllos que dicen no querer asumir el puesto, se vislumbran dos claras tendencias: los que no les gusta la política o el cargo y los que lo identifican con valoraciones negativas, estos últimos especialmente en los dos grupos de mayor nivel de escolaridad: “no me gusta la política” o “la política me da asco”.

También están los que consideran, de manera notable numéricamente hablando, “difícil controlar al país” o que la política es “complicada” y “para eso se necesita experiencia”, por lo que ellos no pueden ocupar el puesto, “mucha responsabilidad, trabajo y obligaciones”, “mucho compromiso”, también en el sentido de trabajo duro, extenso e intenso. Otro elemento aludido por cuatro testimonios es el temor a “las críticas” y “las responsabilidades”; “no me gustaría defraudar”, “te inventan chismes”, “muchas broncas”, “porque siempre habrá oposición”, y es que tanto si lo hacen mal como si lo hacen bien pero no de acuerdo con intereses de otras personas con poder, hay críticas e incluso amenazas: “no porque me inventan un fraude”. Todo ello desde una postura entre la inseguridad, la pereza y también cierto hastío y desencanto, reflejo del desinterés por el tema y el desprecio al puesto político y la esfera donde se dirimen los asuntos públicos en general, como se registra también en las investigaciones sobre la juventud (Fernandez Poncela, 2001a). Pese a todo, hay quien se reivindica, como dice un niño de sexto grado de la primaria pública: “sí, me gustaría ser presidente porque a la incompetencia de los adultos que están, yo no sería igual, sino gobernaría mejor”.

En unas tres respuestas afirman que “no porque no vería a mi familia” en el sentido de tener mucho trabajo. Y son doce las veces que se dice que no porque “te pueden matar”; tanto ha influido su primer recuerdo político, en el cual la muerte de Colosio va a la cabeza, especialmente en lo tocante a las imágenes televisivas, además de

conversaciones familiares,⁷ aunque tampoco se descarta la historia sobre las vicisitudes de los presidentes del país en otras épocas y que aprenden en clase.

Son varios los que alegan que no porque “es algo lleno de mentiras, ambiciones y poder”, “es meterte en un círculo vicioso de mentiras y corrupción”, “es decir muchas mentiras al pueblo” o “no me gusta robar”, “no quiero ser deshonrado y deshonesto”, en especial y como señalábamos en los grupos de mayor escolaridad, secundaria y bachillerato. Incluso hay quien prefiere no caer en la tentación, como una muchacha de la secundaria: “no, yo no podría decir que seré totalmente honesta porque tal vez no lo sería”, con lo cual la honestidad de la confesión se da en un doble sentido. Mientras otra chica de bachillerato dice directamente en la misma sintonía de la anterior: “no, porque yo sé que no voy a ser un presidente honesto”. ¿Será la sinceridad femenina?, ¿será constatación de la extensión y popularidad de la corrupción entre la población?, ¿tal vez sólo un rasgo de personalidad particular?

En todo caso, todos estos niños, niñas y adolescentes que no se meten en política porque es corrupta, mentirosa y roba, expresan una postura realista en parte, y en parte también reiteran un viejo discurso o una narrativa vigente que no representa toda la realidad, pero que se potencia desde los medios y la elite política, e invita directamente a una posición de “nada se puede hacer”, de pasividad, conformismo y escepticismo, y es que “todos se corrompen a la larga por más buenas intenciones que tengan”, afirma en tono fatalista una joven de bachillerato privado. Dicha concepción también se observa en el mencionado estudio de Segovia (1975). ¿Será el fatalismo innato de la mexicanidad o será un discurso construido sobre la misma?⁸

Los que dudan entre el sí y el no lo argumentan de la manera que sigue: “no, porque son muchos cargos y sí porque ayudaría a la humanidad” o “sí, porque podría cambiar las cosas y no porque son muchas responsabilidades” o “sí, porque podría ayudar y no porque hay tantos conflictos” o “sí, porque hay cosas que no van bien y las cambiaría, no porque si no le conviene a los demás me matarían como a Colosio”. Hay que añadir que las diez respuestas en este sentido correspondieron a mujeres. Como vemos, entre hacer el bien y el

⁷ Como se detecta en el análisis de toda la encuesta.

⁸ Sobre el tema revisar la polémica entre Paz (1992) y Bartra (1987).

miedo hay una relación que estos testimonios parecen establecer en diferentes grados: del temor a equivocarse hasta el terror a perder la vida, de ahí la indecisión. ¿Será ésta una característica femenina?

En general, puede afirmarse que no hay diferencias entre los sexos en la elección del sí o el no y en las explicaciones obtenidas; sólo una joven de secundaria pública dice que no “porque soy mujer”, pero es la única excepción. Seguramente en épocas pasadas ésta no sería una rareza sino algo más común, como en una ocasión lo señalara Rosario Robles.⁹ Sin embargo, hoy en día no se observan discrepancias en este punto, es más y como veremos en la siguiente pregunta, la infancia y adolescencia, y en especial las niñas y las adolescentes, prefieren una mujer presidenta, aunque sólo sea para variar, para probar, para cambiar, como argumenta la mayoría, desde el mismo escepticismo que se percibe en la juventud hacia la alternancia política en el gobierno (Fernandez Poncela, 2001a). Hay también una única declaración afirmativa, en la cual una muchacha defiende su deseo de ser presidenta “porque pienso que la visión femenina es más práctica, paciente y comprensiva, además de que somos más responsables, serias, críticas e inteligentes, sacar el país adelante antes que cualquier interés personal”. Todo esto tiene que ver con lo que se ha dado en llamar los diferentes estilos femeninos de hacer política y la polémica existente sobre su existencia o no (Fernandez Poncela, 1999).

OPINIÓN EN TORNO A SU SEXO

En cuanto a quién preferirían para presidente, un hombre o una mujer, nos encontramos con una sorpresa respecto a las ideas y creencias que seguramente una buena parte de la población posee compartiendo el imaginario social, la mentalidad popular y el tradicional discurso político hegemónico. Aquí, y sin afán de dar verdades estadísticas, vamos a hacer un recuento numérico en torno a las respuestas obtenidas, que luego profundizaremos con el testimonio sobre la explicación de la posición tomada. Las preguntas fueron en esta ocasión: ¿Preferirías a un hombre o a una mujer para presidente de México?, ¿quién gobernaría mejor?, ¿por qué?

⁹ En la serie televisiva de Canal 11 “Mujeres y poder”, emitida en el mes de septiembre de 1999, donde Robles afirmaba que fue la única niña de su clase que escribió en un trabajo escolar que sí quería ser presidenta.

La mayoría de niños y niñas y adolescentes prefieren a las mujeres, pero lo verdaderamente asombroso es que también los niños y adolescentes varones opinan de esa manera, pues la preferencia de las mujeres adultas por candidatas mujeres ya ha sido apuntada en otros trabajos (Fernandez Poncela, 1997). Incluso la tendencia en fecha reciente es a preferir a una mujer como candidata a un puesto de elección popular indistintamente del sexo de quien opine; sin embargo, no siempre se mantiene esa postura como cuando se interroga sobre quién gobernaría mejor como presidente (Fernandez Poncela, 2001b). Lo correcto sería precisar que la población no tiene preferencias por el sexo de un candidato X, o que le es indiferente, pero en segundo lugar de elección se decanta más por una candidata que por un candidato. En el caso de ocupar la Presidencia, también y en general se considera a ambos sexos capacitados, pero no siempre se piensa que las mujeres gobernarían mejor que los hombres; aunque, eso sí, más niñas están de acuerdo con ello.¹⁰

Pero pasemos a cuantificar la opinión infantil y juvenil, y a conocer los argumentos para dicha selección.

CUADRO 2A
¿PREFERIRÍAS A UN HOMBRE O A UNA MUJER PARA SER PRESIDENTE DE MÉXICO?
POR SEXO

	Mujer	Ambos	Hombre	Nosabe	Ninguno	No contestó	Otros
Total	119	67	30	10	6	4	3
% de hombres	37.8	41.7	80	50	66.6	50	33.3
% de mujeres	62.1	58.2	20	50	33.3	50	66.6

¹⁰ En una encuesta de carácter nacional en 1996, casi la mitad de las personas consultadas confiaban indistintamente en ambos sexos como candidatos a un puesto de elección popular (43.3%), mientras en un sondeo del Distrito Federal en el año 2000 se tenía esta misma preferencia (44.4%). En el primer ejercicio estadístico el segundo lugar lo ocupaba un hombre (28.5%) y el tercero una mujer (20.2%). Sin embargo, en el estudio capitalino el segundo puesto de preferencia era una mujer (29%) y el tercero un hombre (20.7%); nótese como la diferencia entre el segundo y el tercero es mayor en la encuesta del Distrito Federal. Hay que tener en cuenta las distancias espaciales —país y Distrito Federal— y temporales —cinco años de diferencia entre las dos encuestas— para contextualizar más estos datos. En ambos casos las mujeres confiaban más en una mujer, y los hombres en sus congéneres masculinos, pero en la encuesta del Distrito Federal en la preferencia hacia una mujer apenas había diferencia, esto es, los hombres también señalaban su predilección por un candidato de sexo femenino. Si bien en otro interrogante acerca de quién gobernaría mejor como presidente,

CUADRO 2B
¿PREFERIRÍAS A UN HOMBRE O A UNA MUJER PARA SER PRESIDENTE DE MÉXICO?
POR CENTRO

	Mujer	Ambos	Hombre	Nosabe	Ninguno	No contestó	Otros
Total	119	67	30	10	6	4	3
% de cent. públicos	49.5	46.2	70	90	16.6	50	33.3
% de cent. privados	50.4	53.7	30	10	83.3	50	66.6

CUADRO 2C
¿PREFERIRÍAS A UN HOMBRE O A UNA MUJER PARA SER PRESIDENTE DE MÉXICO?
POR ESCOLARIDAD

	Mujer	Ambos	Hombre	Nosabe	Ninguno	No contestó	Otros
Total	119	67	30	10	6	4	3
% en primaria	26.8	19.4	63.3	10	66.6	-	100
% en secundaria	34.4	29.8	23.3	90	-	-	-
% en bachillerato	38.6	50.7	13.3	-	33.3	100	-

Elaboración propia con base en el cuestionario, México, 2000.

Llegados a este punto, queda claro que los infantes y adolescentes consultados prefieren con mayoría absoluta a una mujer para presidenta; la mitad de la muestra tuvo dicha opinión (49.7%), según el cuadro 2. En segundo lugar, a gran distancia, consideran a ambos sexos (28%), y con la mitad de opiniones que la última opción se sitúa a un hombre (12.5%). Todo lo cual invita a una amplia y profunda reflexión.¹¹

un hombre o una mujer, en este último sondeo la población señaló que ambos (39.9%), en segundo lugar mencionó un hombre (30.1%) y en tercero una mujer (26.7%). Eso sí, nuevamente las mujeres prefieren mujeres (Fernandez Poncela 1997, 2001b).

¹¹ No vamos a aquí a meternos en vericuetos de la psicología para los cuales no tenemos capacidad. Hay que advertir, no obstante, que no se valen explicaciones del tipo: los niños y niñas están más ligados a la mujer a través del vínculo con la madre, o el papel tradicional de las mujeres como ejes de la familia, reproductoras biológicas, sociales y materiales, pues esto puede ser rápidamente refutado, al ver cómo a mayor edad y escolaridad, es decir, en una etapa más adolescente y juvenil, prefieren más a una mujer como presidenta que los que están en primaria, cuya imagen maternal seguramente está mucho más viva.

En primer lugar, las preferencias van por una mujer, siendo las propias niñas y adolescentes las que consideran que gobernaría mejor —62.1% ante 37.8% de niños y jóvenes—. Éstas también creen en mayor cantidad (58.2%) que los niños y adolescentes hombres (41.7%) que ambos tienen la misma capacidad. De los que evalúan mejor a un hombre como presidente la mayoría son hombres (80%) habiendo pocas mujeres de esa opinión (20%); esto es, se invierten los términos.

En segundo lugar, se ve que no hay diferencias significativas si el centro es público o privado en cuanto a la selección de una mujer como presidenta. También hay similitud en ambos, si bien dicha opción es más elegida en el centro privado que en el público. Donde sí se observa una discrepancia importante es en la selección de un hombre, ya que las primarias, secundarias y bachilleratos públicos se decantan por éste de manera notable. Todo ello seguramente con razones ligadas al nivel social y quizá cultural.

En tercer lugar, existe una correlación que debe ser subrayada: a mayor grado de instrucción y edad —pues en el caso analizado se corresponden— hay más propensión a aceptar a una mujer como presidenta que a un hombre, la opción “ambos” presenta también un aumento en el mismo sentido. Es por ello que la repercusión de la imagen maternal que se pudiera argumentar ante la preferencia de los infantes queda descartada, pues se puede contestar preguntando ¿acaso los adolescentes y jóvenes la tienen más interiorizada?; más bien sería todo lo contrario.

Queda claro que son las niñas y adolescentes de centros públicos o privados —indistintamente— además de los niños y adolescentes, las y los que consideran que una mujer sería mejor presidenta y únicamente habría que remarcar que la opción es preferida por el sexo femenino y se incrementa con la edad y el grado de instrucción. Pasemos ahora a dar contenido testimonial a esta opinión, lo cual enriquecerá notablemente la discusión cuantitativa.

Las razones de los niños y niñas de primaria para preferir una mujer son en primer lugar la inteligencia, considerada superior según varias expresiones: “un hombre tiene fuerza y una mujer no tiene fuerza, tiene inteligencia” dijo un niño de quinto de escuela pública. “No somos tan malas y somos más inteligentes” afirma una de sexto de primaria pública. También en una ocasión se le atribuyó mayor madurez, según una niña de sexto de primaria privada, y es que las “mujeres piensan mejor”, dijo una joven de secundaria.

Otro motivo es su mayor capacidad por varias cualidades, tales como ser “más responsables y trabajadoras” según una niña de quinto de primaria pública, y hubo varias señalizaciones en el mismo sentido, otra dijo: “las mujeres porque dan más igualdad a las mujeres, los hombres no porque son muy desdichados”. Un niño de quinto de escuela privada dice “es mucho mejor, los hombres son unos holgazanes”. En fin, “ella sí haría bien las cosas”, terció otra niña de sexto de primaria pública. Una adolescente de secundaria añadió que las mujeres son “más decididas” y otra que tienen “más firmeza en las decisiones”. Este último criterio, inicialmente y según el discurso del modelo hegemónico cultural y las creencias sociales generalizadas, serían propiedades tradicionalmente adjudicadas a los hombres; sin embargo, al parecer la opinión pública y la sociedad cambian más rápido que los modelos y discursos sociales. Aquí quizás el peso de la imagen materna cuenta, pero también es cierto que algunas de las cualidades atribuidas por los infantes a las mujeres en la Presidencia se han analizado recientemente en los estudios en torno a los liderazgos femeninos en el mundo (Fernandez Poncela, 1999).

En la secundaria, a las características arriba mencionadas se añadieron otras nuevas, más detalladas o refinadas: la organización, el tener más criterio, más capacidad psicológica, más productividad, más conciencia, más autoritarismo, más atención ante los problemas, mayor experiencia.

Muchas de las respuestas anteriores resurgieron entre los testimonios de las y los estudiantes de bachillerato, quienes además consideraban a las mujeres, más pacientes, más seguras, con más carácter, más sensibles, más imaginativas, más solidarias, más cuidadosas y detallistas, más sencillas, menos influenciables, mejores administradoras, con mejor capacidad para resolver los problemas, más discretas, más participativas, más listas, etcétera. Nótese que algunas de estas características son las tradicionalmente adjudicadas al estereotipo genérico femenino; sin embargo se supone que otras no —discreción, seguridad o inteligencia—, más bien todo lo contrario. Y algunas coinciden con las apuntadas en investigaciones sobre mujeres con poder, como indicamos con anterioridad (Fernandez Poncela, 1999).

Y quizás lo más importante respecto a la selección de una mujer, sobre su inteligencia y capacidad: no roban (“porque no robaría al país”), esto aparece argumentado en varias ocasiones como veremos, “no son corruptas” y “son más sinceras” —dicen los niños— o “somos más

sinceras” —afirman las niñas—, peculiaridades, todas ellas, que como se ha mostrado en respuestas a preguntas anteriores no caracterizan la política o la concepción que tienen infantes y adolescentes de la misma. Lo curioso es que dichas explicaciones además son indistintas al sexo de quien opina; es decir, si bien más niñas y adolescentes argumentan a favor de una mujer presidenta, los niños que lo hacen también señalan lo de que “son más honestas”, como hizo uno de quinto de la primaria pública.

En general, en el centro público y privado de primaria el ser “inteligentes” y “no robar” fueron las justificaciones más socorridas ante la preferencia hacia una presidenta. Se movieron en niveles argumentales básicos, que más adelante en otros grupos de edad y niveles de escolaridad fueron abriendo a actitudes de prueba o justicia: “porque es más justo”, sin dejar de aparecer, por supuesto, los ya señalados como principales. Una chica de primero de secundaria privada, en un alarde de reflexión sobre el tema de la igualdad de derechos y oportunidades entre los sexos, defendió en este sentido: “pienso que ambos gobernarían bien en algunos casos, pero quisiera que gobernara una mujer para comprobar que todos somos iguales”. Otra de tercero de secundaria privada añadió: “porque las mujeres somos parte de la sociedad pero ignoradas”. Como vemos, la conciencia de exclusión o subordinación ya es percibida en este rango de edad.

No falta quien afirme aquello de “una mujer porque ella cuida a los hijos”, dice un niño de sexto de primaria pública, y una niña de la privada añade: “ellas saben lo que necesita México, cuánto cuestan las cosas y eso”, mientras otra dice: “porque son más pobres, siempre son más buenas y entienden las cosas malas que les pasa a las personas, como inundaciones y tienen instinto maternal”, o “porque bajaría el precio de los productos”. En varias ocasiones en secundaria y bachillerato se relacionó la presidencia femenina con el abaratamiento de precios y la mayor sensibilidad hacia los problemas sociales del país, además de que “quisieran lo mejor para su país como una madre quiere lo mejor para sus hijos”, dice una chica de primero de bachillerato público en sentido metafórico, y un hombre de segundo de ese mismo centro añade, también como ilustración de mejor gobierno: “una mujer gobernaría mejor a un país, ya que tenemos el ejemplo del hogar, la mamá es la mejor administradora”. Así las cosas, para los más chicos hay una relación entre la figura presidencial y la madre, aunque sea en términos comparativos, mientras que observamos que

para los más grandes la opción de una presidenta mujer es por su probada capacidad al frente de la familia y la casa, una demostración de eficiencia que seguramente los políticos no han dado —también, en términos del espacio doméstico—. Todo lo cual no equivale a preferir una mujer como presidenta por la influencia de la figura materna como tal; ésta es seguramente importante, pero en todo caso se menciona a la mujer-madre por su sensibilidad, capacidad y eficiencia, cualidades éstas que al parecer son consideradas poco usuales en el mundo de la política, y necesarias por quienes ofrecen su testimonio. Asimismo, se le valora como administradora del hogar. En este punto se debe reconsiderar la influencia de la imagen paterna en el cargo presidencial que mencionan otros autores (Segovia, 1975) y es que, como pretendemos demostrar con esta investigación, las cosas están cambiando. Y si bien, y en general, el presidente y el padre se comparan en ciertas edades y contextos, así también en otros, y cuando ya se concibe a una mujer como presidenta, es la madre la imagen que viene a la cabeza, como ejemplo, deseamos remarcar. Adicionalmente hay que subrayar que lejos de ciertos discursos feministas, aquí la mujer como madre y ama de casa es valorada y respetada.

En el centro de bachillerato público varias estudiantes argumentaron a favor de las mujeres porque “son más honestas y menos corruptas” o “menos rateras”, según palabras textuales, pero una en concreto expresó la diferencia entre los sexos en este sentido: “creo que somos las que vemos la situación del país y nos gustaría sacarlo adelante, mientras que un hombre nada más ve su economía de él”. Quizás las mujeres no son mucho mejores, pero sí algo menos malas, y también consideradas más sensibles hacia los problemas sociales y menos proclives en cuanto a ambición personal se refiere. Todo esto coincide con el análisis en torno a los liderazgos femeninos en el mundo (Fernandez Poncela, 1999).

Y no faltaron algunos comentarios con cierto sesgo machista: “Una mujer buenota”, dijo un niño de sexto de primaria privada. Por su parte, una chica de segundo de secundaria pública dijo preferir a una mujer pero enfatizó: “¡pero la violarían!”. Incluso un muchacho de la secundaria privada entremezcló características, según él: “porque casi siempre son más honestas y guapas”. Y una muchacha de tercero de bachillerato público alertó: “a este país le hace falta una mujer con muchos ‘pantalones’ para gobernar y para sacar adelante al país”. Como vemos, argumentos en todos los sentidos y para todos los gustos.

Finalmente, un señalamiento que se reitera una y otra vez es el de “probar”. Hay una actitud más de “a ver qué pasa”, que de seguridad o convencimiento. Situación similar tuvo lugar entre muchos jóvenes que en las elecciones de 1997 votaron por el PRD y Cárdenas en el Distrito Federal, y cuya explicación, teñida de desconfianza, era la de “ver para creer” o “probar” pero a veces sin grandes ilusiones; lo mismo sucedió con Fox en la elección presidencial del 2000: reinaba desconfianza mezclada con destellos de esperanza (Fernandez Poncela, 2001a). Un niño de sexto de primaria pública insinúa el tema: “Tal vez una mujer, porque si los hombres no pueden tal vez las mujeres sí, porque las mujeres, según, son más inteligentes”, “tal vez es tiempo de ver a una mujer en la silla porque ya vimos que los demás no han hecho nada por México”. Esto en el sentido no sólo de probar sino de descalificar y castigar a los hombres, por lo menos verbalmente.

En fin, hay niños que dicen que hay que “dar oportunidad” a las mujeres, o niñas que señalan “el hombre ha gobernado muchos años, una mujer porque son más responsables”, consideran los de sexto de primaria pública. Otro del mismo grado en la privada añade: “la mujer no ha tenido esa oportunidad y quiero ver qué tal lo hace”. Aquí se detecta el discurso y la conciencia de la equidad que permea en nuestros días a varios sectores de la sociedad (Lipovetsky, 1999).

En la secundaria se continúa con la intención de “probar qué tal gobernaría una mujer” o “para cambiar un poco”; las expresiones más usuales provenientes de muchachos y muchachas indistintamente; es como un reto o una apuesta pendiente: “debería tratar de gobernar, después compararíamos los resultados”. Y en todo caso, a veces se les toma como por *default*: “los hombres lo único que hacen es tomar todo y a fin de año no se ve que hayan hecho nada”.

Incluso un muchacho de primero de bachillerato en el centro público dijo: “no creo que lo llevaría mejor, sólo por probar”. Otra chica de tercero de la misma escuela añadió: “hemos sido gobernados por hombres y ha sido fatal, por qué no intentar el gobierno de una mujer, tal vez sería mucho mejor”, mientras otra se justifica: “no soy feminista, pero una mujer tendría sensibilidad y coraje para manejar la situación del país”. Y, como finalmente dijo un chico de tercero de bachillerato privado: “no sería malo experimentar algo nuevo”. Como vemos, todo un reto para las mujeres políticas según la opinión de infantes y jóvenes propensos a que éstas lleguen a la Presidencia, y prueben su inteligencia, capacidad y honestidad, todo por ver qué pasa...

Por otro lado, entre aquellos que consideran que un hombre es mejor presidente, en quinto de primaria pública argumentan: “los hombres son mejores para el dinero y ayudan más al pueblo y a la sociedad necesitada”, “un hombre sabría hacer los negocios y sabría defender mejor a su país”, “preferiría a un hombre porque a las mujeres les da miedo los que van con el presidente heridos”, “es capaz de tomar decisiones rápidas y acertadas”, “maneja bien los negocios y su trabajo”. En este grupo seis niños opinaron que era mejor un hombre, frente a uno que prefirió a una mujer. En quinto y sexto de la escuela privada compartieron los mismos razonamientos: “un hombre tiene más fuerza”, pero aquí se inclinaron en general por una mujer, a diferencia del centro público donde la opinión estaba más dividida en este aspecto, como ya dijimos en su momento.

En sexto de primaria pública los que consideran mejor a un hombre lo argumentaron en el mismo sentido de los anteriores: “puede hacer más cosas”, “son más inteligentes que las mujeres”, “son más responsables”, “trabaja más”. Un niño de quinto de la primaria privada dice: “un hombre, porque la mujer no ha sido nunca”, la falta de experiencia, el peso de la costumbre o la fuerza de la tradición; sin embargo estos argumentos son minoritarios. Es el viejo discurso y la creencia tradicional que persiste en nuestra sociedad en torno a la superioridad masculina en ciertos espacios, sin embargo, nótese que algunas justificaciones no van en el sentido de la capacidad del hombre sino de la inexperiencia femenina.

En la secundaria la opción por un hombre escasea y sus justificaciones son algo pobres: “porque tiene autoridad” (dicho por un muchacho), una chica externó: “tiene el poder, el carácter y el carisma para gobernar”, “es más objetivo, más audaz y más corruptible” —esto último algo contradictorio.

En el bachillerato privado una mujer de segundo curso señaló: “un hombre, debido al machismo no aceptan a las mujeres”; esto es, no se decidía por un hombre porque lo considerara más adecuado, sino que descartaba la posibilidad de las mujeres por un prejuicio social, al igual que el niño de primaria: “en nuestro país prefieren a los hombres”.

Los que piensan que ambos serían buenos para el cargo apuntan hacia la equidad entre los sexos de una manera muy clara, equiparándolos en todo, hay que decirlo, en lo positivo de la capacidad de gobernar y en lo negativo de ser corruptos, ladrones o mentirosos, porque

según algunos el mundo de la política es así y les parece difícil, cuando no imposible, cambiarlo. En el grupo de quinto de primaria pública seis niñas dijeron que ambos porque “sería igual”, “igual de inteligentes”, “tienen la misma capacidad”, pero otra apuntó: “preferiría a alguien que no disimule ser bueno sino que lo fuera, no importa si fuera hombre o mujer”, esto último en el sentido de que lo importante es la honestidad, mientras el sexo parece ser secundario. Se dijo que “ambos”, “los dos”, es “indiferente” o “iguales”.

En primero de secundaria pública una muchacha indicó: “los dos, siempre y cuando tengan buenos principios morales los dos son buenos”. Nótese que conforme aumenta la edad crece el número de las inclinaciones hacia una mujer o hacia ambos, pero, como decíamos, es algo más razonado que en edades más jóvenes. En el grado de bachilleres se continuó con el argumento de la igualdad y de que el sexo no importaba, “yo no me inclinaría en sí por el sexo, sino por una persona que piense con igualdad con hombres y mujeres” dijo una joven, y otra terció: “lo que importa... es el pensamiento y la capacidad”.

Pero también aparece la opción “ambos” en cuanto a que serían o son igual de malos para gobernar, aunque no es la mayoritaria. En secundaria en general se reitera aquello de: “me da igual, los dos roban”. En tercero de secundaria privada dos chicos dicen: “es lo mismo, todos son ratas”, “los dos serían rateros y flojos, por no decir...”. Si bien no fue la opinión más destacada, ya que predominó la de considerar las mismas capacidades positivas en ambos sexos. En bachillerato también se apuntó en sentido negativo: “no importa, ambos tendrán la mente lavada y harían lo que les beneficiara” y “porque hombre o mujer se venderían, por eso mismo la cosa es terminar con la corrupción”.

De hecho, al argumentar “ninguno” se dijo: “de todos modos, sea hombre y mujer, es lo mismo” o, en un tono desmoralizador y escéptico, “nadie, no se puede confiar en la gente en esta vida, todos son traicioneros” como afirmaron dos niños de la primaria privada. Y hubo una niña de quinto de primaria pública que reivindicó su derecho a opinar: “me da igual, porque a nosotros los niños no nos piden nuestra opinión, hacen lo que quieren y como pueden, así que no me preocupo de nada”. Desinterés, resistencia, en todo caso una chispa de inconformidad, se interprete como se interprete. En otra ocasión se vertió el testimonio siguiente: “los niños gobernarían mejor porque los adultos son muy insensatos” (muchacho de segundo de secundaria

privada). Aunque sean testimonios anecdóticos en el sentido de excepcionales, denotan la voluntad de hacerse responsables y la conciencia de participación desde la infancia. Hay, pues, que tomar nota.

CONCLUSIONES

En cuanto a la visión de la figura presidencial, los valores positivos aparecen en los infantes más pequeños, así como lo afectivo y lo social entretelado por la consideración satisfactoria de la autoridad tendente a la estabilidad del orden social establecido. Todo ello contrasta con la presentación de una dura crítica en edades más avanzadas, cuando no insulto hacia figuras presidenciales —ex presidentes— muy concretas. Esto es, en abstracto, la imagen en sí es concebida y valorada como positiva, sin embargo algunas de sus encarnaciones en la práctica conllevan una experiencia descrita en tonos peyorativos. Y es que entre los 8 y 11 años ya se perciben las primeras manifestaciones de juicio moral del entorno social que tiende a agudizarse en las y los jóvenes mayores.

Algunas tendencias se repiten con relación al estudio de Segovia (1975); por ejemplo, las actitudes positivas entre los más jóvenes y negativas entre los mayores, de más edad y más escolaridad. Entre los primeros se reiteran verbos tales como, ayudar, cuidar o construir, mientras entre los segundos éstos aparecen menos mencionados frente a otros como robar, mentir, perder el tiempo o robar al país, que también citan algunos infantes pero mucho menos que los jóvenes. La impronta del nacionalismo mexicano se mantiene, así como la omnipresencia de la figura presidencial, quizás ambos fenómenos algo disminuidos, pero en todo caso todavía vivos y presentes en las jóvenes generaciones sobre las cuales nos abocamos en este estudio. Destaca la omnipresencia comparativa con la figura paterna en los más chicos, ya se habla de “ciudadanos” por parte de los adolescentes y las y los jóvenes de bachillerato distinguen entre el ideal “se supone” o “debería ser” y lo real (mayoritariamente caracterizado como negativo): habla y habla, roba, es corrupto, narco, es la viva imagen del “chupacabras”.

Sin embargo, también se perciben los cambios en la cultura política: quizás mayores críticas y más duras que en otras épocas —por varias razones y no sólo porque las cosas están o se perciben peor—,

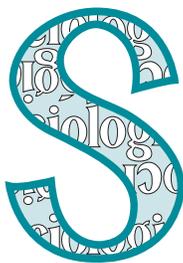
además de consideraciones diferentes, como el preferir una mujer en la silla presidencial. Cuestión esta última que merece una adecuada interpretación: más allá del influjo materno y del descrédito de los políticos hombres, destaca la mujer por sus características positivas como persona que puede llegar a ejercer correctamente el cargo, y más allá también de la consideración de su mayor honestidad en un contexto donde lo preponderante es todo lo contrario.

Esto que a primera vista causa sorpresa e intriga, tal vez responda a una tendencia social en curso en la opinión pública del país (Fernandez Poncela, 2001b), y corresponda a nuestra época de transición en general y al recambio generacional en curso, en particular (Fernandez Poncela, 2001a). Lo más curioso son las características que se adjudican a la mujer para un mejor desarrollo del cargo, entre las cuales destaca entre los más pequeños la mayor inteligencia —dicen que los hombres son más fuertes pero las mujeres más inteligentes— y el trabajo —porque los hombres son más holgazanes, según ellos—. Junto a la inteligencia —mencionada por todas las edades y grados educativos—, la honestidad y la sinceridad son los adjetivos calificativos más abundantes, especialmente entre los mayores, o en su caso sus expresiones contrarias: son menos rateras y menos corruptas. Pero no sólo sorprende la inteligencia —como valor no muy frecuentemente asociado el sexo femenino—, sino que además se habla de que son más capaces, seguras, discretas, con más carácter o más autoritarias. Como vemos, la mirada de jóvenes e infantes no está tan impregnada de la adjudicación tradicional de estereotipos de género o ésta se encuentra en proceso de superación. Asimismo destacan las razones como la igualdad de derechos y oportunidades, que en ocasiones se combina con la comparación de la buena madre y la perfecta ama de casa, legitimando por dos vías diferentes la capacidad femenina para la Presidencia. Además de la conveniencia de probar, cambiar y ver qué pasa; esta última posición cuantitativamente importante y que se refiere a la vieja desconfianza, toda vez que se trata de una nueva apuesta de futuro.

Otro asunto es el poco atractivo con el que cuenta el cargo presidencial, la mayoría no aspira a ocuparlo, y esta tendencia aumenta con la edad y el nivel de escolaridad. Las y los que sí quieren o les gustaría ser presidente, presentan *grosso modo* el discurso paternalista de “ayudar a”, o el nacionalista “por el bien de México”, pero también apuntan a situaciones de índole social, y en numerosas ocasiones

aparece el cambio como motivación principal. Hay algunos que con cierta ironía dicen que sí, pues es fácil hacer lo que los presidentes hacen: robar, viajar y dar el grito —según la edad—. Entre los que no desean ocupar la Presidencia destacan aquellos niños, niñas y adolescentes que la encuentran difícil y complicada, o para quienes significa mucho trabajo, un espacio hostil y amenazante y, según sus propias palabras, hasta “te pueden matar”. O, también, porque equivaldría a incursionar en el mundo del robo, la mentira y la corrupción, un espacio deshonesto en grado sumo, frente al cual “nada se puede hacer”, reproduciendo el fatalismo que impregna todavía la cultura política mexicana.

En todo caso, estas son únicamente pinceladas de las percepciones y opiniones de un sector de la infancia, que sin embargo invitan a la reflexión y a la discusión amplia y profunda, pues ponen sobre el tapete el estado de la cuestión: comprueban viejos roles y prejuicios, toda vez que retratan realidades presentes, e incursionan o dibujan escenarios posibles. Pero simultáneamente se derrumban o resquebrajan algunos viejos mitos sexistas, como con respecto a la opinión de a quién preferirían como presidente, si a un hombre o a una mujer, posicionándose sobre la segunda. Cuestión importante pues refleja cierto cambio de valores sociales y percepciones políticas que toman el pulso a la infancia y la adolescencia en México hoy, pero que también apuntan a una transformación de largo alcance de la cultura política encarnada en las jóvenes generaciones. Como afirma una muchacha: “lo que importa no es el sexo sino el pensamiento y la capacidad”.



BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, Roger
1987 *La jaula de la melancolía*, Grijalbo, México.
- Delval, Juan
1989 “La representación infantil del mundo social”, en Elliot Turiel, Ileana Enesco y Josetxu Linaza, *El mundo social en la mente infantil*, Alianza Editorial, Madrid.
- Fernandez Poncela, Anna M.
1997 *Hombres, mujeres y política. Una mirada desde la opinión pública y sus protagonistas*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
1999 *Mujeres en la élite política. Testimonio y cifras*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
2000 “Elecciones y consultas infantiles y juveniles”, ponencia presentada en las Segundas Jornadas sobre la Infancia, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
2001a *Cultura política juvenil en el umbral del milenio* (en prensa).
2001b “Percepciones y valoraciones sociales hacia las mujeres en la política”, en *Tiempos interesantes 2* (inédito).
- GEO (Gabinete de Estudios de Opinión)
2000 *Algunas percepciones sobre los derechos de la infancia en México* (documento mecanografiado)
- Greenstein, Fred I.
1977 “Socialización política. Socialización”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Aguilar, Bilbao, vol. 10.
- Kohlberg, Lawrence
1989 “Estadios morales y moralización. El enfoque cognitivo-evolutivo”, en Elliot Turiel, Ileana Enesco y Josetxu Linaza, *El mundo social en la mente infantil*, Alianza Editorial, Madrid.
- Lipovetsky, Gilles
1999 *La tercera mujer*, Anagrama, Barcelona.
- Manzi, Jorge y Ricardo Rosas
1997 “Bases psicosociales de la ciudadanía”, en Varios autores, *Niñez y democracia*. UNICEF/Ariel, Bogotá.
- Marshall T. H. y T. Bottomore
1991 *Ciudadanía y clase social*, Alianza, Madrid.
- Paz, Octavio
1992 *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Segovia, Rafael
1975 *La politización del niño mexicano*, El Colegio de México, México.
- Vygotsky, L.S.
1981 “The genesis of higher mental functions”, en J.V. Wertsch, ed., *The Concept of Activity in Soviet Psychology*, Sharpe, Nueva York.

ANEXO 1
NOTA METODOLÓGICA

Se entrevistaron 239 niños, niñas y adolescentes en total. La aplicación de los cuestionarios para primaria y secundaria tuvo lugar en la segunda mitad de 1999 y los de bachillerato se realizaron en los primeros dos meses del 2000. Los cuestionarios contaron con 16 preguntas, que las personas consultadas respondieron por escrito y en el salón de clase. Las escuelas fueron las siguientes: la primaria pública núm. 5 "Coyolxauhui", de la colonia Alianza Popular y la primaria privada "Campestre de Coyoacán", colonia Campestre, ambas de la delegación Coyoacán. La secundaria técnica pública "Belisario Domínguez Palencia" de la colonia CTM Culhuacán y la secundaria privada "Campestre de Coyoacán", colonia Campestre, las dos también de la delegación Coyoacán. El centro de bachillerato público fue el Colegio de Bachilleres, plantel núm. 4, Unidad Habitacional de la CTM Culhuacán, delegación Coyoacán y el privado la Preparatoria de la Universidad del Valle de México, *campus* Tlalpan, colonia Ex Hacienda de San Juan, delegación Tlalpan. Como vemos, se preguntó a niños y niñas, a adolescentes y jóvenes, en escuelas públicas o privadas en diferentes colonias del sur de la ciudad, con diversos grados respecto a los niveles de ingreso de las familias. Se agradece a Pierre Burciaga, Alejandro Anaya y Ricardo Cruz la aplicación de los cuestionarios y su clasificación.

CUADRO DESCRIPTIVO DE LA COMPOSICIÓN DE LA MUESTRA

	Pública			Privada		
	H	M	Total	H	M	Total
Primaria 5º grado Total 30	8	9	17	10	3	13
	Edad			Edad		
	10			10 (7) 11 (3) 12 (3)		
Primaria 6º grado Total 42	13	10	23			19
	Edad			Edad		
	9 (1) 11 (15) 12 (6) 13 (1)					
Total primaria: 72				continúa...		

	Pública			Privada		
	H	M	Total	H	M	Total
Secundaria Primer grado Total 22	2	5	7	0	15	15
	Edad			Edad		
	12(3)			11(2)		
	13(3)			12(11)		
	14(1)			13(2)		
Secundaria Segundo grado Total 26	4	8	12	9	5	14
	Edad			Edad		
	12(3)			12(2)		
	13(6)			13(1)		
	14(3)			14(11)		
Secundaria Tercer grado Total 29	4	11	15	8	6	14
	Edad			Edad		
	14(11)			13(4)		
	15(3)			14(9)		
	16(1)			15(1)		

Total secundaria: 77

	Pública			Privada		
	H	M	Total	H	M	Total
Bachillerato Primer grado Total 36	8	13	21	7	8	15
	Edad			Edad		
	14(2)			16(6)		
	15(7)			17(7)		
	16(8)			18(2)		
	17(3)					
	18(2)					
Bachillerato Segundo grado Total 30	7	8	15	5	10	15
	Edad			Edad		
	17(4)			15(1)		
	18(8)			16(3)		
	19(2)			17(2)		
	20(1)			18(6)		
				19(3)		
Bachillerato Tercer grado Total 24	2	10	12	4	8	12
	Edad			Edad		
	17(2)			17(2)		
	18(5)			18(1)		
	19(3)			19(5)		
	21(1)			20(2)		
				21(2)		

Total Bachillerato: 90

Total hombres: 114
Total mujeres: 104
Total privada: 122
Total pública: 117
Total universo muestra: 239